

## APÉNDICE SEGUNDO

### II

#### DISCURSO SOBRE LA ANTIGÜEDAD DEL HOMBRE

##### I

Uno de los problemas grandemente agitados en nuestros días, y que pertenece de lleno al dominio de la Historia universal y su ciencia auxiliar, la arqueología, es el relativo á la antigüedad del hombre sobre la tierra. Pero tenemos por seguro que no se agitaría tanto, si no hubiese en él un interés anti-religioso, ó al ménos anti-católico; pues se observa generalmente, prescindiendo de honrosas excepciones, que los materialistas y racionalistas de diversos matices son los más fervorosos en señalar al hombre una antigüedad fabulosa, que suele variar entre treinta y quinientos mil años. Cierta es que la cronología bíblica no está bien determinada, que varían los cómputos y hasta los textos, que pueden suponerse incompletos los datos cronológicos que encierra, si tal vez faltan generaciones en la tabla del Génesis, en cuyo caso lo mismo pueden ser pocas que muchas; pero siempre es hacerla perder autoridad, al ménos bajo este respecto, establecer una antigüedad de centenares de siglos desde la primera aparición del hombre. No se puede temer al asegurar que el deseo de destruir ó defender la autoridad de la Biblia, es lo que ha creado la ciencia geológica y la que ahora se llama arqueología prehistórica. Cuando la geología estaba en mantillas, eran las historias y tradiciones fabulosas de los pueblos lo que se explotaba. Ahora, sin abandonar del todo este recurso, se insiste principalmente en los descubrimientos geológicos modernos. Parecieron estos demostrar que la historia de la tierra, hasta llegar al estado presente, acusaba una extraordinaria é incalculable antigüedad; y cuando los teólogos, movidos por estos descubrimientos, volvieron á estudiar el texto de la historia de la creación, y hallaron que es susceptible de muy diversas interpretaciones, libres en la Iglesia, alguna de las cuales, hoy comun, permite ensanchar cuanto se quiera la historia de la

tierra, como lo hace la que entiende los seis días de seis periodos de tiempo indeterminado, entonces ya se tomó otro camino. Dijose que, no encontrándose fósiles humanos entre los muchísimos que se han descubierto de toda especie de plantas y animales, no debía estar habitada la tierra por el hombre antes del diluvio, pues en tal caso necesariamente debían haberse hallado sus restos ó los de su industria. Llegó el caso de encontrarse estos, y desvirtuando la objecion, se cambió de rumbo, pretendiendo demostrar que ellos suponen una antigüedad inmensamente superior á la que cabe en la cronología bíblica, aun interpretada con la posible latitud. Los vientos hoy dominantes entre los naturalistas, son materialísticos é incrédulos, y racionalistas los más de los conductores de la pública opinion; así es que, si algun arqueólogo y geólogo, aunque sea de primer orden, aunque sea un Elio Beaumont, á quien más que á otro alguno deba la geología, se contiene en limites moderados; su voz es ahogada entre el ruido de la mayoría y despreciados los argumentos de otros geólogos que se oponen á la corriente, aunque sea con buenas razones, y no quieran probar otra cosa sino que la historia geológica de la tierra antes y despues de la aparición del hombre, permanece aún en estado hipotético, que no se puede afirmar cosa alguna que tenga algun viso de certeza, fuera de la cronología relativa de los terrenos. Flaca es, por consiguiente, la esperanza que nosotros tenemos de convertir á ninguno de estos señores; por lo cual nos tenemos que limitar á estudiar la fuerza demostrativa de las razones alegadas por los partidarios de la inmensa antigüedad del hombre, y nos daremos por satisfechos si podemos convencer á los profanos y á los católicos en general, que todavía las ciencias históricas, arqueológicas y geológicas, no han demostrado nada cierto contra la cronología bíblica, interpretada con razonable latitud, hasta donde es permitido por la



Iglesia. No podemos hacer alardes de imparcialidad; nos proponemos defender la Biblia, aun como simple libro histórico; pero esperamos que no por eso hemos de faltar á la verdad ni á la lógica, como hacen nuestros independientes adversarios.

Y ante todo, ¿cuál es la antigüedad del hombre sobre la tierra, segun la Biblia? Los cálculos que se han hecho por los comentadores y cronologistas son diversísimos, variando entre Adam y Jesucristo, desde 6984 que computó nuestro Alfonso el Sábio, hasta 3616 que da Lipomano. Si acudimos á los textos principales, hebreo, samaritano, griego y latino, la diferencia es menor, pero todavía muy considerable. El hebreo y latino dan hasta Abraham 1948, el samaritano 2249, y el griego, llamado de los Setenta, 3414, segun la edicion de Tischendorff, prescindiendo de alguna variante de poca entidad para nuestro asunto. Y aunque tambien es muy difícil arreglar la cronología bíblica desde Abraham á Cristo, tomaremos, como se hace comunmente, la suma de 2044, lo cual da en junto hasta la Era vulgar:

	DESDE ADAM	DESDE EL DILUVIO
Texto hebreo y latino. . . . .	3992	2336
Samaritano. . . . .	4293	2986
Los Setenta. . . . .	5458	3216

Y sumando con los 1874 de la Era vulgar, tendremos hasta nuestros días:

	DESDE ADAM	DESDE EL DILUVIO
Hebreo y latino. . . . .	5866	4210
Samaritano. . . . .	6167	4810
Los Setenta. . . . .	7332	5090

Todavía el docto asiriólogo y orientalista Oppert, lleva el diluvio hácia el 3512 antes de Jesucristo, fundándose en conjeturas no despreciables acerca de correcciones que él supone hechas por los masoretas en el texto hebreo, con el deseo de aproximar la duracion de las generaciones postdiluvianas á las modernas. Nosotros, que estamos bien convencidos del respeto religioso de los masoretas al sagrado texto, no podemos admitir la causa de esta conjetura, ni aun una correccion hecha á sabiendas, si bien creemos que la alteracion de los años en que los patriarcas ante y postdiluvianos engendraron al continuador de la serie geológica, debe suponerse en el texto hebreo, y no en el griego, sin que esto sea decir que no pueden existir en este tambien, como parece indicarlo, algunas variantes leves del mismo.

Muchas son las razones que aconsejan la adopcion de la cronología de los Setenta, con preferencia á la del hebreo y latino, no existien-

do en favor de esta sino una, á saber: que por lo comun debe concederse mayor autoridad á un texto original que á una version.

Mas esta regla general sufre sus excepciones, y para admitirla en nuestro caso nos mueven graves motivos. Por de pronto, la autoridad del texto griego es inmensa, ya por su antigüedad, ya por su difusion en la Iglesia, ya principalmente por la que le dan las citas de Jesucristo y los Apóstoles, hechas sobre este texto con preferencia al hebreo, aun en lugares en que ambos discrepan. La Iglesia griega usó y usa el texto de los Setenta, le usó la latina hasta despues de San Jerónimo, y aun actualmente respecto á algunos libros; de él proceden las versiones usadas por los sirios, armenios, copios, etiopes, árabes, iberos y eslavos. El texto alexandrino cuenta al patriarca postdiluviano Cainan, que no está en el hebreo; y sin embargo, le cuenta San Lucas entre los ascendientes del Salvador. Decir que ha visto introducido este nombre en el Evangelio, es hacer una afirmacion gratuita, tanto más, cuanto que en otras ocasiones alude San Lucas al texto griego; y es probable, por tanto, que de él tomara inmediatamente su genealogia. Además, siempre es más fácil la supresion de una palabra en una copia ó traduccion, que la adición de la misma, porque aquella puede ser casual, y esta por necesidad tiene que hacerse con advertencia.

Hay más aún. Si se admite la cronología del texto hebreo, es preciso creer que Noé vivía todavía hácia el año 60 de Abraham y Sem en el 50 de Jacob; por consiguiente, que presenciaron la prevaricacion que motivó la dispersion de los pueblos, sin que al Padre comun de todos, y los hijos que con él se salvaron en el arca, y que aún vivían, al ménos Sem, fueran parte ni tuvieran autoridad para contener á sus descendientes en las tradiciones religiosas y morales, ni para evitar la idolatría y degradacion subsiguiente, cosa tan inverosímil, que bien puede tenérsela por moralmente imposible.

Posesionados los israelitas de Palestina, dice la Biblia, que se mantuvieron fieles mientras vivió Josué y la generacion de los ancianos que habian presenciado los prodigios que precedieron y acompañaron á la conquista, y solo despues empezaron á prevaricar. ¿Y es posible que en vida de Noé y Sem, testigos de la tremenda catástrofe, y milagrosamente preservados de ella, que la referirian á sus hijos y nietos con la emocion más profunda, la gratitud más religiosa y el más tierno amor paternal, para preservarlos de castigo análogo, estos se olvidaran de todo, despreciaran las predicaciones y autoridad patriarcal de los que tan grande debían





tenerla? Es tan inverosímil, que nadie podrá creerlo, sobre todo cuando estos inconvenientes desaparecen con la cronología de los Setenta, supuesto que tan grave es admitir una errata en un texto como en otro, y son tan poderosas las razones que inducen á ver la falta en el hebreo. El estado de este no nos consta en los primeros siglos del cristianismo, sino por las versiones que entonces se hicieron, no pocos siglos despues de la griega, durante los cuales pudo padecer las variantes que nosotros vemos en él, aunque no nos sea dado explicar la causa, como tampoco vemos razon alguna para que los alejandrinos alteraran las fechas.

Otra razon poderosísima en pro del texto alejandrino, es la dificultad de concordar las historias profanas con fecha tan reciente como la que da al diluvio el texto hebreo; pues si bien no se demuestra que tengan carácter verdaderamente histórico en fecha anterior, es esto muy probable respecto á algunos pueblos, y no es razonable ni prudente que los católicos se creen ellos mismos dificultades que no nacen necesariamente de la Biblia, sólo por preferencias á uno ú otro de los textos existentes y que merecen autoridad en la Iglesia. Todo lo que sea retrasar la fecha del diluvio y de la creacion, facilita la defensa de la Biblia, con tal que no se altere ni se la esponga caprichosamente, y ya hemos visto que no es caprichosa, sino muy razonable la preferencia que en este asunto damos al texto alejandrino de los Setenta, al ménos por lo que se refiere á las generaciones postdiluvianas. Cuanto á las anteriores, no hay razon alguna intrínseca que haga más aceptables la de uno ú otro texto, pues debe suponerse, que hombres que vivian nuevecientos años, no es inverosímil que principiaron á tener hijos á los ciento ó doscientos años, es decir, antes de la cuarta parte de la vida; además de que ambos textos concuerdan en señalar más de ciento sesenta años á Jared cuando tuvo á Enoch, más de ciento ochenta á Mathusalem cuando tuvo á Lamech, y señalan quinientos á Noé cuando tuvo á sus tres hijos. Ni hay que pensar que ninguno de ellos los tuviera antes, al ménos no se deduce por necesidad del texto. En él sólo se lee de cada patriarca que *tuvo hijos é hijas*, pero no si los tuvo antes ó despues del continuador de la línea de Noé, por lo que no es cierto que este descendiera precisamente de todos los primogénitos.

A los hebreos les importaba conocer precisamente la línea de sus antepasados y no las otras, y así, siendo Sem menor que Japhet, se le cuenta el primero; valga esta observacion para las generaciones postdiluvianas.

Al confrontar, pues, la cronología bíblica con las más antiguas historias, importa principalmente la fecha del diluvio, verificado por nuestra cuenta, segun la version alejandrina que adoptamos, treinta y dos siglos antes de Cristo, y más de treinta y cinco si se adopta la conjetura de Oppert. Para las dificultades que nacen de los descubrimientos geológicos, la fecha importante es la de la creacion, que pasó, segun el mismo texto, hace más de setenta y tres siglos. Si ahora se quisiera admitir que la tabla genealógica del *Genesis* es incompleta, que se han perdido en ella algunas ó muchas generaciones, creceria cuanto se quisiera la edad del hombre sobre la tierra. Esta falta es posible, y esto basta para el caso en que la geología probara sus conclusiones cronológicas con más solidez que ahora. Posible es ciertamente, que de dos ó más patriarcas homónimos, por ejemplo, se pasara en las copias ó en las mismas tradiciones orales, del primero al segundo, quedando un vacío que podría ser de muchas generaciones borradas de todo punto de la memoria, como se borró la historia casi entera de los diez patriarcas antidiluvianos, de los cuales tan pocas noticias han quedado. En la Biblia hay casos de tablas genealógicas incompletas, como sucede con la de Jesús en el evangelio de San Mateo, lo cual es muy distinto de que sean falsas, ó legendarias, ó caprichosas; y aun Moisés no hizo más que copiar el documento escrito ó tradicional que corria con el nombre de *Libro de la descendencia de Adam*, que sin ser falso, podia estar incompleto. Nosotros creemos, sin embargo, que no hay necesidad de esto por ahora, porque opinamos que la geología no ha probado aún que hace más de 73 siglos que existe el hombre.

Hay una notable diferencia entre las conclusiones que entraña la extraordinaria antigüedad del hombre, tal cual se presenta en las historias legendarias de los pueblos, ó como tienden á establecerla los geólogos dados á los estudios prehistóricos. Esta diferencia, además de la menor importancia de las objeciones y lo más moderado en pretensiones de antigüedad, consiste en que las historias y tradiciones parten todas de un origen preternatural para el hombre y de un estado primitivo mejor; mientras que los prehistóricos tienden á comprobar la hipótesis materialista de la aparicion del hombre por generacion espontánea próxima ó remota; por evoluciones graduales del organismo, que pasa insensiblemente de lo más imperfecto á lo más perfecto. A eso tienden las famosas edades de piedra, la medida de los cráneos del hombre fósil, la comparacion de sus costum-



bres presuntas con las de las tribus salvajes actuales.

Cierto es que los pocos prehistóricos formalmente cristianos explican ese salvajismo de las edades de piedra por una degradacion, como nosotros explicamos todos los salvajismos del mundo; pero la gran mayoría, y el conjunto de hechos y clasificaciones por ellos adoptadas, van, por el contrario, á deducir al hombre de un género de monos antropomorfos, ó de un tipo comun á todos, como apunta Quinet en su obra medio poética, medio científica, medio literaria, *La Creacion*, en que todo lo sério se encuentra á medias, y no merece autoridad alguna como libro de ciencia. Si los prehistóricos tuvieran razon, no sólo tendríamos que, hace muchos centenares ó millares de siglos que el hombre anda sobre la tierra, sino tambien que anduvo en cuatro piés, ó á lo ménos que era un sér estúpido, en cuya cabeza brillaba apenas una ligerísima chispa de inteligencia, con la que trabajaba alguna rústica arma de pedernal para defenderse y atacar á los grandes mamíferos, sus contemporáneos, demostrando en ello ménos ingenio que los monos antropomorfos que, segun dicen algunos, construyen en los árboles sus cabañas y cierran con empalizadas el lugar de su habitacion. Y como es cosa de experiencia constante que una tribu salvaje es incapaz de subir por sí misma de ese estado, y de civilizarse sin influjo extraño, surge la enorme dificultad para los prehistóricos de explicarnos cómo, cuándo y por quién fueron civilizados los hombres de la edad paleolítica, supuesto que, segun *la ciencia*, no puede existir simultáneamente por tanta inmensidad de siglos un pueblo culto, no degradado, que extendiera, aunque lentamente, hácia ellos algunos rayos de luz; de haber existido este pueblo, tendria una historia bien antigua y no habria perdido tan completamente la memoria; habria en alguna parte del mundo obras antiquísimas de cincuenta, ciento ó doscientos mil años, cosa que, de cierto, en ninguna parte se halla. Mas si oponemos á los arqueólogos prehistóricos estas y otras dificultades, responderán de seguro que nos metemos en metafísicas, que la metafísica no prueba nada contra los hechos, que la geología habla con perfecta claridad, etc. Sin embargo, es preciso tener principios y saber hacer buen uso de la lógica para interpretar los hechos; y si la explicacion de uno de ellos pugna con una verdad, esa explicacion es falsa, ó el hecho inexacto ó mal comprendido. Hé aquí por qué no estorba llevar un poco de filosofía á los estudios prehistóricos, por más que tantos, entre los que la cultivan, la desdeñen con el

nombre de *metafísicas*. Vamos, pues, á entrar de lleno en el asunto.

## II

Dice el Sr. Vilanova en su libro titulado *Origen, naturaleza y antigüedad del hombre*, que la arqueología histórica, fijando su atencion en los pueblos más antiguos, como el asirio, babilónico, egipcio, etc., ha suministrado en estos últimos tiempos preciados datos para demostrar la imposibilidad de encerrar en tan estrechos límites la historia del hombre. Muy fácil cosa debe ser una *demonstracion* en tal caso, porque si el aserto citado puede ser exacto con relacion á la cronología vulgar, segun el P. Petavio, sostenemos que, admitida la cronología de los Setenta, y sobre todo, si se la amplía como quiere Oppert, los datos arqueológicos aludidos no demuestran tal cosa, ni mucho ménos. Estos datos no pueden ser otros que las inscripciones cuneiformes de Nínive, Babilonia, Persépolis, etc., ó los descubrimientos hechos en Egipto; pues con respecto á la India y la China, que eran los otros países cuya antigüedad se oponia antes á la cronología bíblica, nada nuevo, que sepamos, se ha descubierto, como no sea una mayor conviccion de lo reciente de sus artes é inventos, y de lo aéreo é insustancial de sus ambiciosas cronologías.

«Las famosas tablas astronómicas, dice Klaproth, á las que se asignaba una antigüedad tan fabulosa para la India, fueron confeccionadas en el siglo VII de nuestra era; y solo más tarde fué retrasado su origen y designado como procedente de los dioses.» Y Barthelemy Saint-Hilaire, dice: «Los indios carecen de cronología y de historia; su astronomía es un plagio de la de los griegos y chinos,—las pruebas las da Biot en el *Journal des Savants* de 1860,—y sólo hácia el medio de la época de los sutras (440 antes de Jesucristo) hacen uso de la escritura.» Sus himnos los recitaban de memoria; sus vedas, al ménos en la forma actual, no han sido escritos sino, á lo sumo, en el siglo VII antes de Jesucristo; aunque en todo caso son muy anteriores á esta época. Así lo piensa tambien un hombre tan competente como Max. Müller en su *Historia de la antigua literatura sanscrita*, donde, de acuerdo con Wilsor, hace remontar al siglo XV la composicion del Rig-Veda, esto es, hácia la época mosaica, pero sólo bajo la forma de himnos sagrados de boca en boca transmitidos, y escritos mucho despues.

Entrar á discutir la cronología china primitiva, es casi del todo inútil para nuestro asunto, pues que no hay autor de alguna reputacion científica ó literaria que crea en ella. El Chon-





King, escrito ó compilado por Confucio en el siglo V antes de Jesucristo, y que nunca se refiere á documentos anteriores escritos, sino á la tradicion, habla en su primer capítulo de Yao, cuyos primeros actos fueron encargar á dos ministros que observasen los movimientos astronómicos y órden de las estaciones, con el objeto de precaverse de una nueva inundacion como la que se supone en el mismo capítulo, que aún duraba, y se llama comunmente diluvio de Yao. En la crónica del P. Amiot, autorizada por los tribunales científicos de la China, y que puede considerarse como la que expone con mayor autoridad las tradiciones del país, se hace vivir á Yao en el año 2337, es decir, en la época del diluvio, segun la cronología comun; y al primer emperador, segun la crónica de Se-ma-tsian, el Herodoto de la China, en 2367, mucho despues del diluvio mosaico, segun la cronología que adoptamos. Si se considera ahora que cada cronista chino discrepa enormemente de los demás, que Se-ma-tsian es poco más de doscientos años anterior á Jesucristo, que el Chon-King no hace mencion de emperadores anteriores á Yao, que, por confesion de todos los sinólogos, la historia cierta no comienza hasta el tiempo de Nabonassar y destruccion del reino de Israel, que los chinos, como los demás pueblos no muy distantes de la catástrofe de Babel, conservaron más ó ménos las tradiciones primitivas, y se aplicaron probable, y casi seguramente, los sucesos y nombres antediluvianos que no se borraron completamente de la memoria; en suma, la escasa autoridad histórica de Se-ma-tsian y demás cronistas chinos, de los cuales es el más antiguo, como tan enormemente distantes de estos siglos remotos, y hasta la dudosa autenticidad del Chon-King despues del incendio general de libros en el tercer siglo anterior á la era vulgar; todo esto deja fuera de duda que nada cierto puede asegurarse acerca de estas épocas remotas de la China, y que sólo un deseo loco de contrariar las ideas comunes pudo impulsar á la escuela de Voltaire á buscar en la historia, fabulosa á todas luces, de la China, un apoyo para combatir á la Biblia y *écrasser l'infame*. Quien ha quedado completamente *écrasser*, bajo el aspecto científico y moral, es Voltaire y los suyos.

Curioso es por todo extremo que se ponderrara tanto la ciencia astronómica de los chinos, quienes, al decir de algunos, sabian calcular los eclipses con la mayor precision desde los tiempos más remotos. Que un pueblo agrícola y sedentario observara el cielo y notara fenómenos siempre sorprendentes para el vulgo, se

comprende, y el único eclipse mencionado en el Chon-King corresponde al año 2155 antes de Jesucristo. Mas de aquí á saberlos calcular hay demasiada distancia, sobre todo tratándose de un pueblo cuyos letrados dan la siguiente peregrina explicacion. Dicen los intérpretes que si el sol se eclipsó hasta treinta y siete veces durante los ciento veinte años del Tchun-tsien, mientras que en los 1800 anteriores sólo se habia eclipsado tres ó cuatro veces,—es decir, que ni aun el hecho de los eclipses habian observado,—es porque en esos 1800 años reinaba la virtud en la tierra, al contrario de los pésimos tiempos del Tchun-tsien, y *por eso* habian sido en estos tan frecuentes los eclipses. Prescindo de que los astrónomos *Hi* y *Ho*, contemporáneos de Yao, por no haber predicho el eclipse de que se habla en el Chon-King, el emperador Tchong-Kang, que vive ciento ochenta años despues, manda contra ellos nada ménos que las tropas todas del imperio á castigar su descuido. Estas y otras enormidades, además de lo dicho, bastan y sobran para que pasemos adelante.

Tratándose de los modernos descubrimientos asirios y babilónicos, nos habremos de apoyar en una de las autoridades más competentes en la materia por unánime confesion, cual es el célebre orientalista y asiriólogo Oppert, de quien son las palabras siguientes: «Hasta ahora no se ha hecho descubrimiento alguno asirio que no haya corroborado y aumentado la autoridad de estos datos históricos (los que se encuentran en el 3.º y 4.º libro de los reyes). El único documento seguro sobre cronología asiria transmitido por los griegos, el *Cánon de Ptolomeo*, concuerda año por año con los datos de los libros santos. Por otra parte, *los únicos jalones que nos guían... en la cronología asiria*, son los sincronismos bíblicos, y si determinamos la época de un hecho relativo á Ninive, no lo podemos hacer sino sirviéndonos de los datos hebreos... Las tabletas de Ninive son fragmentarias, y sólo dan listas de nombres aislados... Rawlison cree que eran los grandes sacerdotes los que daban nombre al año... nosotros vacilamos... porque la más antigua, relativa á Tiglatpileser VI (del siglo XIII) da el nombre de un esclavo. Otros son gobernadores, y Dayan Asur es designado por Salmanasar como el *gran Tartan* de su ejército... por eso los llamamos *eponimos*.» Para calcular los tiempos anteriores, corrige un error de Alejandro Polyhistor acerca de la primera dinastía cusita de Nemrod, á la que señala aquel 33091 años de duracion, en vez de 1091. El error procede del modo cómo encontró escrita la cifra de 432000 años conce-



didados á los reyes antediluvianos, esto es, 400000 y 32000. Esta cifra, claro es, que no tiene carácter histórico, sino tradicional, en parte, fundado en la vida larguísima de los primeros hombres, de que quedan vestigios en las tradiciones universales, y en parte astronómico, ó más bien astrológico, haciendo reinar á cada uno de los diez patriarcas que los asirios recordaban como anteriores al diluvio, en conformidad con los datos bíblicos, un año cósmico á cada uno. Rebajados estos años, queda, segun Oppert, para el principio de la dinastía cusita el año 3540 antes de Cristo, año que ellos confundian, bien ó mal, con la conclusion del diluvio y fundacion de la torre de Babel. Esta torre, llamada Borsippa (*ciudad de la dispersion de las lenguas*), hoy Birs Nimrud, es en la que se han hallado tan notables inscripciones, entre ellas esta: «*En desórden profirieron la expresion de su pensamiento*.» Borsippa parece significar, dice, *torre de las lenguas*, y la palabra *habiles* debe explicarse por *ciudad de la reunion de las tribus*. Las ruinas de esta ciudad fueron restauradas por Nabucodonosor, quien dice en la inscripcion encontrada en un cilindro, que fué fundada como templo á las siete antorchas de la tierra, por un predecesor suyo, *cuarenta y dos años* antes, esto es, 2490 años, que con los pasados hasta la era vulgar, dan de 3544 á 3501, dato que concuerda maravillosamente con Beroso, si se le rectifica como es debido, haciéndole señalar el año 788 para fin del primer imperio, como lo prueban las inscripciones. Resulta, pues, esta cronología de los tiempos antiquísimos de Asiria:

Reyes antediluvianos.	432000 años antes de Jesucristo
Reino camita. . . . .	3540 á 2449.
Invasion ariana. . . . .	2449 á 2225.
Dominacion turaniana (escita). . . . .	2225 á 2017.
Idem semítica (primer imperio caldeo)	2017 á 1559.
Invasion árabe. . . . .	1559 á 1314.
Gran imperio asirio (dos dinastías). . . . .	1514 á 788.

Entonces se divide en Babilonia, Ninive, Media-Persia y Susiana, y no hay interés para nuestro objeto en proseguir su cronología. Tenemos, pues, que aun dando por exactas cifras que se refieren á tiempos remotísimos, millares de años distantes de la época de Beroso y aun de Nabucodonosor, no pasa la historia asiria de la época en que Oppert fija el diluvio, sin que sea extraño que, confundidos algun tanto los recuerdos, identificaran las tradiciones del país el año del diluvio con el de la fundacion de la torre de Babel. Y si, como es justo, suponemos

alguna confusion y error, tratándose de tiempos tan remotos, bien parece que no es mucho admitir una equivocacion de tres ó cuatro siglos en estas historias legendarias, que en materia de cronología son verdaderos desiertos; y de este modo tenemos fácilmente comprendidas dentro de la cronología bíblica todas las tradiciones y monumentos del país, calculando el diluvio, como lo hemos hecho, hácia el año 3216 antes de Jesucristo, con lo cual ni siquiera necesitaríamos la conjetura mencionada de Oppert, que lo fija en 3512. Véase, pues, como los nuevos descubrimientos asirios y babilónicos están muy lejos de invalidar la autoridad cronológica de la Biblia, aunque les concediéramos una autoridad que, por la misma validez de las cosas, no pueden tener.

Cuanto á la cronología egipcia, nos limitaremos á copiar lo que dice Rougé, una de las mejores autoridades en la materia, completando su juicio con los de otros sábios de nuestros dias. «En este bosquejo histórico, dice Rougé, hemos evitado asignar fecha alguna á los acontecimientos, y ya hemos indicado cuánta incertidumbre acompaña á los cálculos que pueden formarse para establecer la cronología de las antiguas dinastías egipcias; quizá convenga dar á conocer aquí cuáles son los límites de nuestros conocimientos en este punto. Seria inútil registrar en tan breve resumen cifras que no proceden de bases ciertas: *allí donde cabe una multitud de sistemas diversos, no existe aún verdadera cronología*. Los egipcios no han empleado ciclo alguno astronómico para enumerar los años; tampoco se les conoce *Era* histórica, datando sus monumentos únicamente por el año del soberano reinante, y la menor interrupcion en las fechas vicia toda la série. Las listas de Manethon que contienen la série de las dinastías egipcias, acompañadas de cifras cronológicas, eran el único recurso que pudiera emplearse para intentar una cronología de la historia egipcia, y hace pocos años habia gran disposicion á considerarlas como un criterio infalible. Sin embargo, luego que se las ha podido confrontar con los monumentos, se ha retrocedido de esta idea. Si las listas de Manethon han adquirido importancia, en el sentido de reconocérselas como documentos históricos realmente sacados de fuentes egipcias, *las cifras que las acompañan no han podido sostener el exámen de la crítica ilustrada por los monumentos*. Desde que el cánon de Ptolomeo no pudo servir de guia á estos fabricantes de extractos, desde la vigésimasexta dinastía, la última antes de la irrupcion de Cambises, las inscripciones han mostrado en estas cifras un